

Violencia cero no existe. No se puede extirpar de raíz. Solo hay mecanismos de regulación con miras a mantener un equilibrio en torno a índices tolerables. La crisis de la pandemia se desató con pavorosa destructividad. Con la forma de un enemigo invisible, la covid-19 causó más muertes que algunas guerras militares y trastornó la vida del planeta.

En un cuento de Rulfo, “El día del temblor”, un gobernador ridículo visita el pueblo afectado y en su discurso admite que el sismo era un evento no previsto en su programa de gobierno. Por supuesto, hay episodios de la naturaleza que no pueden planearse, pero sí es posible educar a los sujetos en una disciplina social que colabore en la mitigación y combate de emergencias.

El filósofo francés Jean-Luc Nancy, fallecido el 23 de agosto de 2021, sostiene en su último libro la necesidad de “una revolución del espíritu” que posibilite aprender todo *desde cero*, incluso respirar, vivir. “Tenemos que volver a aprender a respirar y a vivir, simplemente. Algo que es mucho, y difícil, y largo [...]. Seamos niños. Recreemos un lenguaje. Tengamos esa valentía.” Precisamente, en el lenguaje anida la violencia simbólica, dado que muestra y al mismo tiempo invisibiliza lo que ocurre a diario.

Una fuente de violencia en la sociedad se manifiesta en lo que se denomina esencialismo identitario. Paralelos al azote de la pandemia, se registran fenómenos de masas excluyentes. Se construye una identidad autorreferencial, cuyo vínculo con el otro es la hostilidad, su negación. En general, quienes elaboran estas identidades se asumen y se definen como víctimas orientadas a recuperar un espacio. Por consiguiente, su esencia es ambigua, dado que son víctimas y victimarios.

Hoy, las llamadas *fake news* y ciertos mensajes de los medios refuerzan un tipo de consumismo –que es diferente al consumo necesario para la vida–. Invocan una libertad individual sin límites. Hay un purismo fundamental del sujeto en competencia que obliga a distinguirse de los círculos sociales cercanos y lo ubican en un lugar privilegiado por apropiarse de valores de uso que irradian un símbolo de prestigio.

Una tarea ineludible para la reconfiguración de la enseñanza-aprendizaje y de las actividades de investigación es que las universidades se organicen en torno a principios incluyentes, tanto en su interior como hacia la problemática de reorganización social. Así surgieron estas instituciones desde la fundación de la Universidad de Bolonia en 1088: una comunidad de docentes y estudiantes (*Universitas magistrorum et scholarium*). Y la comunidad privilegia la cooperación, sin menoscabo de la competencia, con el objetivo de que los lazos entre sus miembros se tornen más sólidos.

Los artículos de este número, en este sentido, presentan las reacciones oportunas de varias universidades latinoamericanas, públicas y privadas, que tomaron medidas originales frente a la situación de emergencia ocasionada por la pandemia.

Hugo Enrique Sáez
Director



Ascensión.